



LA MAJESTUOSA PRESENCIA DE LA DEMOCRACIA EN LA CORDILLERA ANDINA

Dedicado al Excelentísimo Señor
Presidente de la República de Chile,
don Patricio Aylwin Azócar con
profundo afecto y respeto

La majestuosa presencia de la democracia en la cordillera andina

"Avenida Pacífico, a la altura tal..."
Así ubicó al Japón en la Cuenca del Pacífico
el gran filósofo nipón Tsunesaburo Makiguchi,
maestro hoy difunto, a quien tanto estimo.

Sudamérica y el Japón, anverso y reverso
del globo: largas distancias los separan.
Mas, a los ojos del ciudadano del mundo,
son como dos márgenes vecinas de un mar.

Y desde la América Latina,
desde la tierra de Chile,
llegó al Japón por vez primera
don Patricio Aylwin Azócar,
el dignísimo Presidente de la República.
Remontó las lejanías,
dejó atrás el Ecuador,
vieron sus ojos extenderse el oleaje
del mar bajo el avión que lo traía.
Mis brazos se abrieron de par en par
para brindarle mi bienvenida fraternal...
Ya bien entrado el otoño, un día
memorable, en un céntrico hotel,
me reuní con Su Excelencia
en grata visita de cortesía.

Diecinueve de noviembre de
mil novecientos noventa y dos...
¡Ay, ese día conocí al eminente
estadista filósofo! En su faz serena,
la sonrisa imborrable. Presencia imponente
de un hombre de virtudes insoslayables,
acendradas a fuerza de crudos inviernos.
Cada frase, cada palabra suya
sugerían el esplendor de su saber,
grávidas de profundidad y de filosofía.
En la mirada de Su Excelencia,
ardientes, la llama de la justicia
y la fortaleza de la convicción;
cómo olvidar la imagen vívida y fresca
que dejaron en lo profundo de mi ser,
y que perdura hasta el día de hoy...

Dijo el Presidente:
"¿Para qué nace el hombre, y para qué vive?"
En boca del dignatario,
cuestiones eternas y universales
dicen que el Primer Ciudadano de Chile
antes que la banda y el bastón
muestra con orgullo los emblemas
de la condición humana.
Sus convicciones no trepidan
ni se inclinan por la vacilación,
a la hora de proclamar que su meta
es brindarse a sus pares,
y ser un leal servidor para su pueblo.

¡Ah! En el eco gallardo de su afirmación
evoqué su decisión férrea y condensada,
imagen real del auténtico humanista
que impulsó en la tierra latinoamericana
la corriente benéfica de la democracia.
Filosofía y política,
justicia y poder,
democracia y derechos del hombre...
en el libre fluir del diálogo ameno,
cual telar de reflexiones francas,
fueron tejiéndose en direcciones múltiples
los grandes temas de la especie humana.
Tienta el poder, dijo el Presidente,
a valerse de cualquier medio,
con tal de arribar a un fin.
Debe, por tanto, el poder
hacer de la Ética su compañía.

Mientras escruta la justicia
con los ojos rigurosos del saber,
despeja la confusión de ogaño,
eleva en lo alto la tea del ideal
que antaño encendió Platón,
para irradiar la luz del Rey-filósofo.
Esta es su doctrina política.
Al líder indómito y tenaz,
quiero dedicar el mayor de mis respetos:
por su acción resuelta,
por su penetración,
por su brillante personalidad.

¡Con cuánta alegría escuché su invitación
a continuar, generosamente,

el diálogo en el Palacio presidencial!
Mis sentimientos, colmados de gratitud
sincera y profunda, volaron raudos
hacia el Chile bello y entrañable...

El tiempo crea al personaje,
y éste gesta la época.
¡Ah...! El día que la noticia recorrió el mundo entero:
fue un catorce de diciembre
de mil novecientos ochenta y nueve.
La larga penumbra se rindió a la claridad
y, por tal ventura, se rompió un hechizo.
El firmamento estalló en vítores de alegría
y el pueblo salió a festejar, atronador,
hombro a hombro, canto y danza,
ondear de pabellones jubilosos...
Habían pasado diecisiete años;
por fin el gobierno militar bajaba el telón
y retornaba glorioso el mandato
uncido por la voluntad del pueblo.
Hasta el amanecer, desbordó las calles
una marejada incontenible de alegría,
rilar de oleaje ciudadano...
En la cumbre, el Presidente de los chilenos
a cada uno de sus compatriotas
se dirigió, cual música, cual poesía,
con un mensaje de esperanza y de paz;
la suya es una filosofía capaz
de apaciguar el espíritu humano.

Momentos de intensos cambios...
el suelo es un tremedal a merced de la conmoción
que sacude las entrañas de la Tierra:
la Historia es la metáfora de un sismo.
¡Sólo don Patricio Aylwin podría desempeñar
tamaño papel en el huracán de esta transición!
Y por eso el pueblo, para cambiar la Historia,
erigió a Su Excelencia en la cúspide
y le concedió su confianza alentadora.

En sus años juveniles, con pasión
se consagró al aprendizaje;
quería, por la senda del Derecho,
seguir los pasos precursores de su padre,
que brillaba cual jurista eminente.
Luego, lo llevó su peregrinaje
a las cátedras de las universidades
--esta vez como profesor--.

Y lo contó entre sus docentes
la digna Universidad Nacional de Chile.
Pero el Presidente no se encerró
entre los marfiles del saber;
tenía apenas veintitantos
cuando emprendió, entusiasmado,
el compromiso activo de la participación política.

A los treinta y ocho años intervino
en la fundación de una nueva propuesta:
el Partido Demócrata Cristiano,
cuya presidencia tantas veces desempeñó.
A lo largo de un nutrido itinerario,
lo llevó su carrera por las sendas
de la nación y allende las fronteras:
Presidente del Senado,
representante ante el foro de las *Naciones Unidas...*
Enriquecida por la experiencia,
su mirada solía posarse, fija,
en el futuro certero de la Patria.

¿Quién lo hubiera previsto?
La alianza de diecisiete partidos,
tanto de izquierdas como de derechas,
cristalizó en una única persona:
la de Su Excelencia.
Tras llegar al poder, en corto tiempo,
devolvió a su órbita debida
un sistema político democrático y abierto
aclamado, con asombro, por sus compatriotas
y por las naciones del mundo.
En las honduras de esta hazaña vislumbro
una nueva faz del gran estadista filósofo.

Fiel a su promesa de tiempo electoral,
supo dar forma a la ansiada reconciliación
sin quebrantar el principio fundamental
de la democracia: el pluralismo.
Y entre las fuerzas armadas
y un vasto sistema de partidos políticos,
que de uno y otro lado le exigían igualdad,
tal vez como a ningún otro mandatario antes,
su magnífico sentido del equilibrio
constituyóse en la clave de todo.

El secreto de la grandeza reside
en la tolerancia, en la persistencia...
Sólo puede edificarse algo grandioso

con las armas de la magnanimidad
y el temple de los tenaces,
izando las banderas de la negociación
con el generoso espíritu de conceder.
Quien posea estas cualidades
sabr  blandir cualquier impedimento
interpuesto en el camino
cual si fuera causa de un mayor valor,
cual si en él viese el aliento de un designio.

Pero Chile sangraba por otra herida
abierta en el espíritu nacional,
para citar la expresión del Presidente:
ante todo, aguardaba pendiente
el problema de los derechos humanos.
 Es auténtico el humanismo que impera?
 Las libertades son, apenas, una existencia formal?
Todas las respuestas se reducen a observar
el respeto a los derechos inalienables del hombre.
Y tan así lo creyó Su Excelencia,
que puso alma y esmero en la búsqueda
de la justicia y de la verdad.

 Oh!  Resurgi  por fin la democracia chilena!
Retumba por doquier el fragor de la construcción,
acel rase el paso del progreso:
 se encamina el país hacia la paz,
hacia la libertad y la justicia!
 Cu nta y cuán bella confianza
se ha ganado, como ejemplo de América Latina!

 Ay, Chile!
Descubrió su tierra en mi lejana infancia,
un día en que mis manos peregrinas
recorrieron la faz de un globo terráqueo.
Esa guirnalda que adorna la América del Sur,
ese salto de agua empinado,
a veinte mil kilómetros de la mar..
En mi corazón grab se el hallazgo de por vida,
y su impronta no desfallecer  jams .

 Chile! Su tierra y su firmamento
son irresistible atracción,
palacio de fantasías que,
desde la lejanía,
me invitaba a soñar.
Al oeste, en flanco de cinco mil kilómetros,
el gran O ceno P cifico;

al este, la majestuosa cadena nevada
de las cumbres cordilleranas;
el tórrido calor de la puna, al norte,
el frío crudo de las tierras húmedas, al sur.
Y en la Isla de Pascua,
bañada por las aguas australes,
los monumentos megalíticos nos narran
el eterno misterio de un mundo de ilusiones.
Es la tierra de la ínsula perdida,
donde el náufrago Robinson Crusoe encalló.

Lo que allí se despliega es el prodigio
de una naturaleza fecunda e insondable,
y el diario vivir de un pueblo versátil,
diverso, morador de los mares
y señor de las montañas,
de intelecto brillante, apacible y discreto...
¡Así es el pueblo chileno, sí,
el pueblo que adoro!

Jamás olvidaré aquel noviembre del noventa,
en que el *Ballet Folklórico Nacional*,
con el auspicio de la asociación *Min-On*,
cautivó y deslumbró a los japoneses
con el exotismo exuberante de sus cuadros.
Luego, el libro sobre Chile,
que Su Excelencia gentilmente me envió,
con el mensaje cordial de sus palabras.
Así nacieron estos lazos humanos
con el amigo que, algún día, llegaría a conocer.

El tiempo volvió otra página...
En homenaje a la primera visita
del gran dignatario chileno,
el *Ensemble Barroco Andino*
vistió de gala las tierras del Japón.
Los acordes de su interpretación
transportaron el alma de Chile
y el corazón fraternal de su pueblo,
que se enlazó en unión inextinguible
con el espíritu de quienes lo escucharon.

Su país y el mío se extienden
por la Tierra, en confines opuestos.
Allí, crece el calor hacia el norte,
y el viento sur porta el aire fresco.
Atrás queda el invierno del Japón,
y en su lugar llega el benévolo Chile veraniego.

Mas, místicamente, ambos países
comparten un tesoro de rasgos en común:
la tierra que se desliza, longitudinal,
de norte a sur,
un clima rico en variedad,
una cocina pródiga en delicias marinas,
un nivel cultural honroso...
Y, como si fuesen uno el calco del otro,
hacen gala de semejanza increíble
los volcanes Fuji y Osorno.

Cuéntase que los Andes representan
la terraza escalonada que conduce al cielo.
Vistos desde sus cumbres,
qué pequeños, qué triviales se vuelven
los alborotos, las pugnas,
las discriminaciones mundanas...
Pero lo que usted y yo buscamos escalar
es la gran cordillera del alma,
ésa que denominamos Paz Mundial.

¡Oh, presidente Aylwin!
¡Líder de sonrisa generosa
que anuncia el alba de una nueva democracia!
¡Árbol colosal que, en su enramada,
cobija por entero al pueblo chileno!
¡Recto se erguirá,
hacia el cielo límpido del siglo que viene,
hacia el brillo diáfano del Sol!
Al socaire de su digna fronda,
umbrosa y refrescante,
encuentra sosiego la ciudadanía;
y sus hojas interpretan, al vaivén de la brisa,
una melodía de esperanza y de coraje.

Diálogo... Fuerza noble y sublime, sin par.
Única senda que nos permite superar
esta centuria de olas tempestuosas
y abrir el pórtico a otros porvenires,
signados por la felicidad y por la paz.
Con pasos seguros y tenaces,
infalible, Su Excelencia
no erró al escoger esta ruta gloriosa.

¡El poder de la razón supera al de las armas!
¡La fortaleza del espíritu vence a la espada!
En vano desatan su furor

las fuerzas del mal, ausentes de alma:
la suya es la imagen de una victoria fugaz.
Sólo la entereza espiritual y la razón humana
pueden nutrir las raíces del pueblo
hasta lo más profundo,
para persuadirlo e infundirle contento.

Reconciliación, armonía...
En ellas se encuentra el fin supremo
perseguido por el hombre,
a lo largo de su historia milenaria;
ellas alivian los dolores
de este siglo de enfrentamientos:
razas ante razas,
potencias ante potencias,
culturas ante culturas...
La sonrisa de Su Excelencia es una fuerza
que hace florecer lo mejor de cada parte,
para desarrollarla y unirla a las demás.
La raíz de su espíritu, en el seno del pueblo;
la mano segura, sobre el timón de la nave,
para conducirla hacia tierras de armonía,
donde florezcan, resplandecientes,
las sonrisas de su pueblo amado.
Y, mientras tanto, lo une todo,
resguardando, en tal simbiosis,
que cada parte conserve su forma original.

¡Ay, pionero de la América Latina!
Chile, bajel imponente,
avanza como ejemplo de democracia,
de libertad y de prosperidad.
Ha llegado la mañana nueva,
se agita una brisa renovada...
¡Y, sí, lo que se esboza a lo lejos,
entre montañas,
es el albor resplandeciente de la era
de la cuenca del Pacífico!

Dice la letra del himno chileno:
"...Y ese mar que tranquilo te baña
te promete futuro esplendor..."
Fiel al designio de estas palabras,
será Chile, en el próximo siglo,
el país protagonista que abraza
el fecundo y anchuroso mar.

Pues el mar no es un abismo

que distancie pueblos o civilizaciones,
sino un lazo de unión,
un círculo de relaciones
que vincula y entrelaza.
Este océano, más benévolo y rico
que el Atlántico o que el Mediterráneo,
es la cuna donde se fusionan y nacen
lazos de naciones y de comunidades
por los confines más lejanos.
¡Ay, cuenca del Pacífico!
Será el escenario solemne y brillante
de la civilización que poblará
el mundo en el próximo siglo...

Pablo Neruda, el gran poeta de Latinoamérica
laureado con el *Premo Nobel*, escribió:
"Hermano, ésta es mi casa, entra en el mundo
de flor marina y piedra constelada
que levanté luchando en mi pobreza.
Aquí nació el sonido en mi ventana,
como en una creciente caracola,
y luego estableció sus latitudes
en mi desordenada geología.

Tú vienes de abrasados corredores,
de túneles mordidos por el odio,
por el salto sulfúrico del viento:
aquí tienes la paz que te destino,
agua y espacio de mi oceanía".

¡Adelante, Chile, zarpa hacia la mar,
rumbo al Sol de la democracia y de la paz,
en bien de la amistad eterna,
hacia un futuro de fusión!
¡Que la gloria pueda acompañar
al Excelentísimo Señor,
al Presidente de Chile, don Patricio Aylwin,
sabio capitán que gobierna el timón
de la gran nave del pueblo!
¡Que perviva su gloria, imperecedera!

Daisaku Ikeda
Santiago, 25 de febrero de 1993